

Observaciones del Sr. Villement, decano de los boticarios de Nanci, acerca de las perlas que se crían en la Lorena.

Lrio de Vologne, cuyas agtias son muy claras, tiene su origen en el lago de *Hon Mene*, situado en los montes vosges á la distancia de cuatro leguas de su origen. Se hallan en él ostras de perlas en tanta abundancia, que á cierta distancia se juzgaria que todo el fondo está formado de un suelo de piedras negras: tal es el aspecto que presenta una multitud de ostras que están hundidas en el cielo, ó en la arena, casi hasta la mitad de su corpulencia. Para reconocer las que contienen perlas es necesario reflexionar sobre ciertas convexidades ó desigualdades que se registran en lo exterior de la concha, las que corresponden á otras tantas concavidades en lo interior. Dichas pequeñas elevaciones manifiestan si hay una ó mas perlas, porque acontece en ocasiones que la perla desaparece á causa de que el animal abre su habitacion. Estoy cerciorado, en virtud de un ecsamen muy prolijo, que las conchas lisas no tienen ninguna perla. En una palabra, para abreviar el testo del autor, omitiendo lo que no importa á lo principal, digo que la inspección de lo exterior de la concha demuestra si contiene perlas: si está lisa, no hay esperanza de hallar en ellas perla ninguna; pero si tiene ciertas prominencias ó desigualdades se puede creer que contiene en lo interior lo que se desea. En virtud de esta observacion ¿no se evitaria la pérdida de tanta ostra que inútilmente se destroza?

Para dár fin á estas advertencias, es necesario tratar del blanquimento de las perlas opacas, en lo que se gasta mucho tiempo y dinero. Algunos encaprichados juzgan por semejante hallazgo proporcionarse grandes utilidades, engañados de las vanas promesas de ciertos escritores de secretos ridículos. Para que se vea lo difícil que es dar buen oriente á una perla que se estrajo de la concha con color obscuro, es necesario hacerse cargo de la organizacion de la perla: esta se compone de varias capas concéntricas; porque la perla comienza á formarse por un pequeñísimo cuerpo que sirve de núcleo; despues se forma una telilla ó capa que la cubre enteramente; sobre esta capa se forma otra, y en este orden otras muchísimas, de forma que la corpulencia de las perlas es en proporción al número de capas

que se han formado. Si esto dependa del tiempo, ó si algunas ostras en virtud de contener mas cantidad del líquido que forma la perla abrevien su formacion, lo ignoro. Lo que puedo decir únicamente es, que despues de formada la primera capa que cubre el núcleo, se agregá á ella algun humor opaco, y sobre él se forma la segunda, y así sucesivamente. Este humor opaco tal vez traerá su origen de alguna enfermedad en el animal, ó de las circunstancias del sitio. ¿Como será, pues, capaz destruir aquel color opaco que se haya introducido en las cavidades concéntricas? Mas: el humor de las ostras que forma la perla ¿no puede estar viciado? ¿No puede suceder que dicho humor sea mas ó menos homogéneo? ¿No vemos que en la misma clase de hombres unos tienen la sangre mas oscura que otros? Desistir de semejante inútil ocupacion es lo mas seguro. Es muy difícil, dice un sábio, mudar el orden de la naturaleza.

Decía un célebre filósofo antiguo, que no se podía proponer ninguna cosa tan absurda, que no hallase algun filósofo que la apadrinase y defendiese; y yo digo que no hay necedad alguna, por monstruosa que sea, que no pueda tener cabida en el cerebro de los filósofos, y que no puedan defenderla estos con el mismo ardor y empeño que lo pudieran hacer con las máximas mas fundamentales del estado. Cuando no tuviesemos otra prueba de esta verdad que la de los esfuerzos y empeños escesivos con que los peripatéticos procuraron sostener no ha muchos siglos, la gloria de su filosofia, bastaba esto para darnos á conocer la debilidad del entendimiento humano, y los errores groseros á que pueden conducirle su precipitacion y preocupaciones.

Al considerar las cosas por la primera vez, parece imposible que unos hombres, á quienes la esperiencia manifiesta diariamente la cortedad de sus luces, y las ridiculezas á que á cada paso dan asenso, por no ecsaminar de antemano las cosas con un poco de exactitud, no hubi eran aprendido aquella máxima fundamental que Ciceron llegó á llamar el principio y la basa de la sabiduria (1), es á saber: no creer nada con ligereza. No obstante, si quere-

(1) *Illud teneto, nervos atque artus esse sapientiae non temere credere.*

mos revolver por un breve rato la historia de la filosofía en los siglos 13, 14 y 15, veremos á muchos filósofos renunciar voluntariamente el uso de sus facultades, y seguir con los ojos vendados una guía que tenia tanto derecho de ser creído sobre su palabra, como varios de los filósofos que le habian precedido, y cuyas obras se miraban con tan poco aprecio.

En una palabra, Aristóteles era el oráculo de la mayor parte de los hombres. Su crédito llegó a tal grado, dice cierto autor, que sus libros se miraban como infalibles, y la locura de algunos de sus sectarios á tal extremo, que formaron un dios de aquel que dejó dudoso en sus obras su dictamen sobre la existencia de una deidad, sobre la inmortalidad del alma, y sobre los castigos ó recompensas de la otra vida. Pero citemos algunas palabras de los mismos apasionados de Aristóteles, para dar á conocer que no hemos ecesagerado en nada de lo que tenemos dicho. Ciertos Teólogos de Colonia le llamaron el *precursor de Jesucristo en las cosas naturales, como San Juan Bautista lo fue en los misterios de la gracia*. Otro comentador de la sagrada Escritura llegó á dudar si Aristóteles *tenia mas de Jurisconsulto que de Presbítero, mas de Presbítero, que de Profeta, y últimamente mas de Profeta que de Dios*. ¡Qué delirio!

Gaceta de literatura de 12 de julio de 1791.

Varios lectores se quejan de que en mis periódicos trato de asuntos que en su dictamen no corresponden al título de *Gaceta de Literatura*, porque quisieran que se espusiesen tan solamente en ellos poesias, rasgos de historia, novedades políticas, y otras mil noticias de esta clase que deleitan al alma, pero no influyen en las necesidades humanas, como son las de alimentarse, y socorrer las otras urgencias diarias. Mas permítaseme decir, que estos Señores están muy distantes de conocer lo que comprende una *Gaceta de literatura*, y si se tomasen el trabajo de registrar las obras periódicas que se han impreso con semejante título en la sábia Europa, hubieran visto como estas son unas especies de colecciones en que se proponen ideas de todas clases de asuntos: discursos dirigidos al alivio del mas miserable patan, mezclados con disertaciones sobre los mas sublimes cálculos de astronomía.

Tan lejos estoy de mirar como defecto en mi *Gaceta* esta falta de noticias que se me censura, que antes bien me regocijo de haberme empleado únicamente hasta ahora en simplificar la práctica de las artes, esponer aquellos arbitrios que pueden ser útiles á los hombres, y á encaminarlos en ciertas cosas por sendas seguras para conseguir conocimientos sólidos é importantes.

El hombre por una indispensable necesidad, debe alimentarse. Sin nutrir antes nuestra máquina ¿de qué sirven todos nuestros conocimientos por grandes y sublimes que sean? ¿Por qué, pues, no se ha de tratar en la *Gaceta* de literatura de los vegetales que nos alimentan, nos proporcionan varias comodidades, y últimamente nos dan las diversiones mas puras é inocentes?

El maiz, este vegetal propio de la América, aunque algunos autores infundados pretenden hacerla planta asiática, lo que ya tienen rebatido con mucha solidez el sábio Clavijero, y el profundo químico Parmentier, es de aquellos dones mas particulares que la divina Providencia franqueó á nuestro alivio y á nuestra miseria. Sin embargo, si damos crédito á lo que refiere Suarez en sus memorias, en varias provincias de España se detesta de tan útil semilla, y el nombre de quien introdujo la siembra de tan precioso vegetal, ¡extraña preocupacion! Por el contrario en varios reinos estrangeros se procura aumentar su cultivo, y aun varias Academias han propuesto premios á los que presenten memorias acerca del mejor método de sembrarlo, cultivarlo y conservarlo. Esta variedad de opiniones y de gustos nos dá á conocer la diferencia entre los hombres y los animales. Estos se sustentan siempre con unos mismos alimentos, quando el hombre, adornado de un espíritu superior al instinto de los brutos, indaga, solicita nuevos alimentos, y varía de mil modos aquellos de que se sustenta diariamente. No debe pues causar admiracion que unos juzguen pernicioso lo que otros tienen por mas útil y saludable.

El maiz es la semilla de que se alimenta la mayor parte de los habitantes del dilatado reino de América. ¿Por qué pues no dedicamos toda nuestra industria y todos nuestros esfuerzos en vencer los elementos que tiran á destruirlo? Las alternativas de temperamento, experimentadas en estos últimos años, nos incitan á buscar los medios mas oportunos para precaver sus malos efectos. El hábil jardinero europeo no consigue preservar á las plantas que no son

propias de su país de las crueles influencias del invierno por medio de sus invernáculos? ¿Mediante ciertas operaciones no vence el rigor de las estaciones, haciendo que las plantas fructifiquen, aun cuando por el orden regular se hallan muy distantes de florecer, y mucho menos de fructificar?

Concurra cada cual por su parte esponiendo sus advertencias con el fin de que el pueblo padezca menos respecto á la intemperie de las estaciones, y esto será un beneficio, que aunque no lo reconozcan ni agradezcan los beneficiados, en realidad de verdad causa mayor satisfacción que la que pudieron causar los triunfos de los capitanes romanos. El mérito de alimentar á un necesitado, no puede compararse con las mas pomposas acciones, que solo lisonjean á la vanidad, y cuya duracion es de pocos momentos.

Baste ya de introduccion: veamos ahora á que se reduce el cultivo del maiz. Tengo dicho, y vuelvo á decir, que la agricultura en Nueva España se halla en un estado muy ventajoso. No obstante, no quiero decir por esto que no admita mejora. Dirán algunos que los labradores del reino son, como los de todos países, muy adictos á sus prácticas; que es muy difícil hacerles conocer sus preocupaciones; mas á esto puedo reponer, que el que intenta una reforma debe ejecutar lo mismo que el que siembra bellotas. Una de estas simientes se introduce en la tierra, nace, vegeta, pero no llega á ser árbol corpulento hasta pasados ciento y cincuenta años. Procuremos, pues, sembrar ideas útiles: no fructificarán acaso de pronto, pero despues de un par de siglos nuestros sucesores cosecharán el fruto. La divina beneficencia premiará nuestros desvelos respecto á la futura poblacion.

Entre una multitud de ideas que se me presentan, solo elegiré la principal, porque me parece la mas importante de todas, y el primer defecto que desde luego advierto en nuestros labradores es el que jamás preparan la semilla, como lo ejecutan los chinos tocante al arroz, para abreviar el tiempo de la vegetacion. Que esta preparacion de las semillas sea de mucha utilidad, creo poderlo hacer demostrativamente por lo que he visto, leído, y me han informado agricultores que no se contentan con seguir á ciegas la práctica de los sembradores de semilla, los que no tienen mas brújula que dirija sus operaciones, que la costumbre que ven establecida, sin inquirir si es perfecta, si puede ó no mejorarse.

El poder de los hombres en la ejecucion es muy limitado, apenas, usando de varias industrias que le sugiere su entendimiento, puede reparar los perjuicios que la visicitud y la variacion de estaciones le acarrea. Pero la experiencia diaria no le presenta mil documentos que subministran un dilatado campo para experimentar, y despojarse de aquellas preocupaciones, que como si fuesen unas fuertes cadenas oprimen á la industria?

Es difícil, dice un sábio, mudar el plan de la naturaleza; pero esta es dócil á nuestras investigaciones: siempre que procuremos no alterar, y si solo combinar los efectos naturales, quedaremos triunfantes. El medio seguro es oponer efectos naturales, á efectos naturales. Se presenta el aspecto de una helada inopinada: ¿por qué no procuran disminuir sus asechos quemando materiales inflamables, para que los dardos destruidores de la helada se amortigüen y no aniquilen las plantas? Las lluvias son escasas: ¿por qué no utilizan el tiempo sembrando semillas de aquellas que por su naturaleza necesitan menos tiempo para vegetar?

Si la naturaleza se espresase en términos que pudiesen entender los labradores, seguramente les diria: dirigida por la mano omnipotente os tengo franqueado en el maiz una semilla de muchos y varios caracteres: los unos necesitan de seis meses para fructificar: otros llegan al término de su fructificacion (1) á los tres meses. ¿Desconocidos é ingratos, hasta cuando cesareis de murmurar, y de conocer los alivios que tan claramente os manifiesto?

Efectivamente, al ver que en Nueva España se posee una de estas especies de maices que nacen, vegetan y fructifican en tres meses, ¿no es un capricho manifiesto en los agricultores el no usar de una semilla tan útil, á lo menos en aquellos años en que observan inconstantes las estaciones, ó falta de lluvia, ó algunos otros accidentes contrarios

(1) En el año de 1777 traje de la jurisdiccion de Cuernavaca una especie de maiz, que sembrada en lo interior de la ciudad, en un sitio abrigado del Norte, al finalizar el mes de marzo presentó los frutos ya sazoados. En este año solicité la misma calidad de maiz, y sembrado en 4 de julio, en el dia 7 habia ya nacido, cuando si se siembra en el mismo terreno el maiz cosechado en Chalco, tarda en nacer á lo menos ocho dias: se lleva un especial cuidado, y una cuenta muy esacta de los términos de su creencia para comunicarla á su tiempo.

al logro de una buena cosecha? Ven con sus propios ojos vender en la ciudad en los meses de mayo y junio helotes, esto es, el fruto del maiz logrado: ¿por qué pues en los años calamitosos no procuran sembrar los terrenos con esta semilla, cuya vegetacion es tan pronta? La respuesta que á esto dan es la mas ridicula que se pueda imaginar, y es que esta semilla no fructifica tanto como la otra, como si en tiempo de escasez no fuera muy ventajoso conseguir algun provecho, y no ver los campos perdidos á pesar de los muchos gastos erogados en su siembra y cultivo. Otros dicen que el maiz prieto, llamado así impropriamente por ser azulajo, mas que crece con mucha prontitud, no se espande con abundancia, y esto ciertamente es efecto de una de las mas raras y estrañas preocupaciones. El maiz negro no solo es útil, sino tambien mas substancioso que el blanco, y aun mas sabroso, por contener mayor número de partículas nutritivas. Que sea saludable lo indica el que en las enfermedades se solicita con preferencia al blanco. La harina del maiz prieto es blanca como la de cualquiera otra especie de maiz: la película ó salvado es el que se halla tinturado de color obscuro. En virtud de todo lo dicho ¿puede haber preocupacion mas ridicula que la de despreciar este maiz solo por su color, cuando este en nada puede influir ni en nuestra salud, ni en nuestro sustento? ¿No es esto, vuelvo á decir, dejarse llevar de una vana apariencia despreciando la verdadera utilidad?

Los chinos, esta nacion tan dedicada á la agricultura, que por su antigüedad y por su aplicacion conserva los usos que una dilatada esperiencia les tiene enseñado para sembrar el arroz, que es la semilla que les ministra el diario nutrimento, como á las otras naciones el trigo, no lo siembran sino es despues de ciertas preparaciones que se reducen á lo siguiente. Lo echan en agua para que la semilla se llene de humedad y aumente de volumen: en semejante estado la estraen del agua y la ponen en el suelo para dissipar la humedad superflua; con esto la que queda en el grano hace que germine, esto es, que arroje las primeras raices ú hojas seminales; despues de todo esto es cuando se siembra en la tierra preparada yá por las labores que se han formado en ella con el arado. Esta práctica ¿no pudiera tener lugar en el maiz? Sí, y con grandes ventajas, porque la práctica de nuestros agricultores es sembrar el maiz por los meses de marzo y abril: la semilla queda depositada en

la tierra, pero espuesta á las contingencias de la lluvia. Si estas son favorables, el maiz nace y prospera; mas si estas se escasean, lo que se ha verificado en estos últimos años, la semilla depositada no logra la suficiente humedad para crecer y vegetar, pero sí para podrirse y causar mucho quebranto al labrador.

Preparada la semilla en el método espuesto el agricultor ya puede contar con que en algun modo vence á la intemperie de las estaciones, porque puede ir sembrando, y arreglándose al mismo tiempo á las lluvias mas ó menos abundantes, mas ó menos avanzadas.

Aclararé esto: la esperiencia tiene yá manifestado que las lluvias se retardan y escasean al finalizar el mes de agosto. ¿Será poca utilidad no sembrar el maiz sino muchos dias despues de la práctica antes establecida, y violentar el tiempo sembrando cuando yá las aguas se han entablado? En atencion á esto no se puede dudar lo mucho que se aventaja con la siembra del maiz ya nacido en arreglo á lo espuesto: por lo menos se consigue el que esta semilla no esté depositada inútilmente cuando la estacion se presenta seca, pues el agricultor tiene entonces á su arbitrio el sembrar maiz que vegete prontamente: quince dias mas ó menos en la agricultura son ápices que influyen demasiado en el logro de las cosechas de semillas.

No faltarán algunos de nuestros labradores preocupados que me opongán que el método enunciado no puede tener feliz suceso en siembras de mucha consideracion. Mas lo primero, dentro de breve publicaré lo que un sábio italiano espone acerca de lo perjudiciales que son las haciendas de mucha estension para los propietarios y para el público, y lo haré con tanto mas gusto, cuanto que en esta excelente memoria se vierten muchas reflexiones que apoyan las ideas que tenia meditadas por lo perteneciente á la Nueva España, en virtud de observaciones exactas. Lo segundo, ¿por qué no se podrá en las siembras de mucha estension sembrar la semilla nacida en virtud de la preparacion indicada? Arréglense á las operaciones con atencion al tiempo necesario, y se salvarán semejantes dudas, ó por mejor decir, caprichos y preocupaciones. Bien sé que estas ideas no tendrán toda la aceptacion que merecen, mas no obstante, no me arrepiento de haberlas propuesto, pues tal vez no faltarán algunos individuos que las mediten y pongan en práctica.

236
P. D. Deberia tratar de la práctica sensata que tienen los indios de la laguna de México de sembrar almá-cigos de maiz; para trasplantar á su tiempo las plantas en el sitio que deben fructificar. Lo cierto es que un almá-cigo se conserva con facilidad de una helada inopinada, y con poca agua se conserva; pero como me propongo tratar en alguna Gaceta de estas prácticas de los indios agricultores avecindados á la laguna, reservo explicar para entonces lo útil que advierto en ellas. Porque en efecto es digno de admiracion el que en Europa los italianos, y los habitantes de la Francia meridional soliciten medios para desecar los pantanos, porque su inmediacion causa muchas enfermedades, y no bayan advertido lo que los mexicanos practican desde su establecimiento en las lagunas: esto es, cultivan los pantanos para que fructifiquen con vigor y de este modo logran disipar las eshalaciones dañosas. Como esta práctica es de mucho interés, me he propuesto tratarla con aquella estension de conocimiento que he adquirido con ocasion de haberlas presenciado. Este ramo de agricultura es una de aquellas artes que harán considerar á los indios mexicanos mas diestros de lo que comunmente se juzga.

Continuacion de la anterior.

En México hubo igualmente cierto tiempo en el que se juraba ciegamente en las palabras de Aristóteles; pero sea que la adhesion de nuestros filósofos á la doctrina de este príncipe de la filosofia antigua no hubiese aun echado profundas raices ó sea por cualquiera otro motivo; lo cierto es que en este pais no hubo tantos obstáculos que vencer como en Europa para plantear en las escuelas la moderna. No ignoro que se encuentran aun en esta corte ciertos literatos que supiran amargamente por la restauracion de su amada peripatética; pero tambien conozco que si alguno de estos se tomase el estravagante empeño de restaurarla, se veria hecho el objeto de las burlas de las conversaciones literarias. Tanto es lo que se há estendido, y tan rápidos progresos há hecho entre nosotros la nueva filosofia.

En confirmacion de esto no será fuera de propósito dar aqui una noticia, aunque sea superficial, de las funcio-

237
nes literarias relativas á la filosofia, que han defendido varios sugetos en el discurso del año. El orden con que las iré refiriendo será el del tiempo en que llegaron á mi noticia los actos. (1)

La primera de estas funciones fue un excelente acto de lógica y metafísica sustentado por D. José Gabriel Bosada, y presidido por D. Francisco Mallol, catedrático del real colegio de S. Juan de Letran, en la real y pontificia universidad. Dicho acto me parece merecer particular recomendacion, asi por la eleccion de las materias que contiene, como por el orden en que se hallan distribuidas. No se hallan en él ni aquel estilo tosco de los siglos de barbarie, ni mucho menos aquellas cuestiones inútiles que metian tanto ruido en las escuelas. Su autor, conociendo desde luego que el principal objeto de la lógica es formar el entendimiento de los jóvenes, y darles reglas seguras para buscar la verdad, se dedicó principalmente á instruirlos en las máximas mas oportunas para este intento, como se puede ver dando una simple ojeada al acto de que hemos hecho mencion.

A este se siguieron otros actos tambien de mucho mérito sostenidos en el colegio de Santiago Tlaltelolco, y presididos por el R. P. Fr. Agustin Bustamante. Dicho padre unió en él la lógica con la crítica, juzgando tal vez (y yo creo lo mismo) que una á otra se ayudan mutuamente, y que no se puede poseer con perfeccion la primera sin la segunda.

En lo perteneciente á los actos de física tengo igualmente complacencia de noticiar al público otras dos funciones que he juzgado merecian por mil títulos ocupar un lugar muy distinguido en mi Gaceta. La primera es un acto de física, y elementos de matemáticas del colegio de S. Juan de Letran, defendido en la real y pontificia universidad por D. Juan Nepomuceno Sanchez y D. Francisco Co-

(1) Hago esta advertencia para escusar los resentimientos que pudiera ocasionar el que no se dé noticia de otros varios actos, defendidos igualmente en el discurso del año en la real universidad. Yo no puedo, sin faltar á las leyes de la prudencia y á las de la crítica, elogiar lo que no he visto. En general diré que varios sugetos me han noticiado que en el Seminario se han defendido varios actos dignos de mucho elogio, y yo no dudo que esto sea asi. Sirva esta advertencia para lo sucesivo.

238
In: y presidido por su catedrático D. José Eduardo Cárdenas, quien no contento con haber tratado en él de las reglas más sublimes y delicadas de la física Newtoniana, introdujo la loable costumbre de manifestar, por varios apéndices insertados en su acto, la utilidad de la física, no solo para nuestras comodidades temporales, sino también para la ciencia de nuestra sagrada religion. En dos palabras, el acto de que acabo de hablar me parece digno de los mayores elogios, y solo por temor de ser prolijo no me he detenido à dar una noticia mas individual de él.

La segunda es otro acto tambien de física defendido por varios alumnos del real y tridentino colegio Seminario, cuyos nombres omito por no saberlos todos, y presididos por D. Manuel de Gomez. Este último acto merece asimismo muchos elogios, tanto por la variedad de materias que comprehende, como por ser estas de las más útiles y curiosas de la física.

APENDICE

Ya que he hablado de los actos de filosofía, no será fuera de propósito rebatir, aunque sea en pocas palabras, las voces vagas que algunos peripatéticos han esparcido contra la filosofía moderna, representándola, cuando más, como una filosofía de pura diversion; y por el contrario la escolástica, como muy importante para el estudio de la teología, y la defensa de nuestros dogmas. La falsedad de esta proposicion es tan clara, que si los que las profieren en las conversaciones públicas hubieran hecho un poco más de estudio (si acaso han hecho alguno) en los mas insignes apologistas recientes de nuestra sagrada religion, no dudo que se abochornarian de su ignorancia, y procurarian en lo sucesivo moderarse algun tanto en sus vanas é insulsas de clamaciones contra los modernos.

Con efecto, registrese con el mayor cuidado una de las mas excelentes obras que se han publicado en nuestros dias [la de Bergier] contra los deistas, y todos los otros filósofos libertinos, y si se hallare empleado algun principio de la filosofía peripatética en dichas obras, ó bien para defensa de nuestros dogmas ó bien para rebatir los sofismas de los incrédulos, desde luego prometo retractarme publicamente, y confesar la utilidad de la filosofía

239
peripatética para este estudio. Ni se piense que por falta de materiales me he limitado únicamente à estas solas obras de que hasta ahora he hecho mencion; tengo actualmente presentes las inmortales apologias à favor de nuestra religion del abad Nonnote, Fr. Antonio Valsechi, y el célebre poeta Racine, sin contar otras varias, en las que no se ve el menor vestigio de filosofía escolástica, y con todo han merecido la aprobacion de la suprema cabeza de la iglesia, y que su santidad honrase à sus autores con varios breves que à este fin les remitió. Concluyamos, pues, que no hay cosa mas distante de la verdad que esta pretendida necesidad de la peripatética para la defensa de nuestros dogmas.

No obstante, como este ridículo sofisma es el principal argumento de que se valen nuestros contrarios para defender su causa, que ya ven desesperada, presentémosles algunas otras reflexiones para acabar de quitarles este especioso recurso que les ha quedado. Si la filosofía aristotélica fuese necesaria à la teología, seria, ó porque estuviera fundada sobre aquella, ó porque algunos de sus principios tuviesen alguna conecion con algunos principios de nuestros dogmas; pero ninguna de estas dos cosas es cierta como voy à probarlo demostrativamente. Empecemos por la primera parte. Los tópicos de la teología son, las Santas Escrituras, la Tradicion, los Concilios, la Autoridad de la Iglesia, las obras de los santos padres: de estos los cuatro primeros es temeridad decir que se hallen fundados, no digo sobre la peripatética; pero ni sobre ninguna filosofía. Y por lo relativo al quinto, se sabe que los padres no fueron peripatéticos: con que por esta parte no puede cabernos duda de que la teología no está fundada sobre la escolástica.

Por lo concerniente à la segunda seria impiedad decir que nuestros dogmas, esto es, unos misterios sobrenaturales, tuviesen conecion con las opiniones, por no decir mas, de un hombre [Aristóteles] que ni conoció la religion católica, ni tampoco se sabe que haya tenido las ideas mas sublimes de la religion natural. Pero Santo Tomás, dirà alguno, mezcló en sus obras teológicas muchos principios de filosofía peripatética. Mas à esto digo lo mismo que mi compañero advirtió ya en la primera Gaceta de esta suscripcion con el padre Rubeis, esto es, que los principios de que hizo uso Santo Tomás para explicar y defender los dogmas,